

El oro, en la economía monetaria norteamericana

Los Estados Unidos de América del Norte acumulan ingentes cantidades de oro, merced a su potente y variada producción, que les permite vender a todo el mundo, sin comprar más que las pocas materias primas que les faltan. Ultimamente, han repartido abundantes dólares por todo el mundo, pero esos dólares vuelven al país de origen, y la escasez de esta preciada moneda, por todas partes, no se remedia.

Sin embargo, el papel del oro en la economía monetaria norteamericana es muy limitado. Al contrario de lo que sucedía en los antiguos sistemas de patrón oro, la cantidad de metal disponible, con ser cuantiosa, no restringe práctica-

mente, en modo alguno, la creación de dinero (1). La cantidad de billetes y de obligaciones contraídas por los Bancos Centrales de la Reserva Federal, representadas principalmente estas últimas por las cuentas de reserva de los bancos asociados al sistema (member banks), ha de tener, como primera contrapartida, un 25 % de certificados oro en su poder. Ahora bien, como esas cuentas de reserva de los bancos asociados autorizan a éstos, para otorgar créditos que puede considerarse que alcanzan en promedio a siete veces las reservas consignadas en sus Bancos Centrales, cada dólar oro es capaz de crear 27 de depósitos.

Añádase a esto la posibilidad de crear dinero por la venta de títulos del Estado, de los cuales los Bancos Centrales de la Reserva Federal tienen abundante provisión en sus Carteras, que se acerca a los 25.000 millones de dólares; que las autoridades de la Reserva Federal tienen la facultad de redescantar la cartera comercial de los bancos asociados o conceder anticipos con garantía de ella; de prestar con garantía de valores públicos de propiedad privada; y que todas las sumas así invertidas acrecientan las reservas de los bancos comerciales, pudiendo éstos septuplicarlas en la concesión de créditos, y se comprenderá que no hay riesgo de que, por falta de medio circulante, se pueda producir ningún atasco en la economía americana.

Se explica esta previsión de proveer al sistema de abundantes medios de procurar dinero al mercado, por la circunstancia de que la Reserva Federal se constituyó, a fines de 1913, precisamente para evitar la repetición de las enormes crisis de iliquidez que aquejaron muy gravemente a la economía norteamericana durante las fluctuaciones comerciales del último cuarto del pasado siglo y los primeros años del presente, especialmente en 1873, 1884, 1893, 1900, 1907 y 1913. No hay peligro actualmente de que se agoten los medios de surtir a la economía de cuantos recursos exija el desarrollo de las operaciones normales, y aun de las anormales exigidas por la liquidación de una crisis, como las ocurridas después del establecimiento del Sistema de la Reserva Federal, algunas de las cuales han sido particularmente severas, en especial la de 1929, aunque sin presentar los sín-

(1) Véase nuestro artículo: «El Régimen Monetario de los Estados Unidos de Norteamérica.»

cuño falso, para satisfacer las demandas del público y realizar un importante agio, obedecía a demandas de particulares que querían colocar en oro sus capitales, con fines especulativos o como precaución para posibles huídas.

La principal dificultad del patrón oro, en el pasado, que fué el valor fijo en oro de la unidad monetaria —y lo es en el presente para la convertibilidad de las monedas europeas— apenas existe para Norteamérica, a causa del carácter dominante que ha alcanzado, en el mundo, la economía americana; es el dólar el que regula el precio oficial del oro, más que lo recíproco. Norteamérica es la principal tenedora de oro, la más importante compradora y vendedora de metal amarillo. El nivel de los precios ha oscilado allí notablemente, por causa de las incidencias políticas, sobre todo con motivo de la intervención en Corea; el oro ha subido y bajado de valor en los mercados extranjeros, por los hechos más arriba citados, pero ello no ha obstado para que el dólar mantuviera su paridad legal, a pesar de la mayor tendencia del metal monetario a oscilar en armonía con el resto de las mercancías, que con el valor arbitrario señalado a la unidad monetaria.

Esto no quiere decir que el uso como moneda no influya poderosamente en la mercancía monetaria. Su exclusión de los sistemas en uso y, por consecuencia, de las reservas de los Bancos centrales, es indudable que tendría por resultado desvalorizar el oro notablemente, supuesto que su propia devaluación le haría perder interés en sus empleos suntuarios, como sucedió con la plata al generalizarse el momometalismo. No tratándose ahora de eso, lo que quiero insinuar es que una economía tan prepotente como la norteamericana puede, dentro de ciertos límites, someter a su imperio el valor de una mercancía que compra y vende a un precio fijo con su moneda, en cantidades prácticamente ilimitadas, pero relativamente pequeñas en relación con el volumen de su comercio.

Por otra parte, el efecto del oro en el sistema bancario y monetario de los Estados Unidos de América del Norte, es más bien metafísico. Al oro no se le ve como moneda y, en concepto de reserva monetaria, queda relegado a su existencia crediticia en un cierto lugar del país. Sólo cuando la Banca no encuentra contrapartida en sus pagos al extranjero, y necesita crearla por medio de una exportación de oro, adquiere éste existencia física, y aun para eso, se requiere un permiso oficial, que se obtiene justificando la necesidad, es decir, que ni aun en ese caso, la exportación es automática, cual ocurría en el antiguo patrón oro. En

cambio, el ingreso en la economía sí lo es: el Tesoro admite todo el oro que se le presente, al precio oficial, y entrega sus certificados, mientras el metal queda allá soterrado, sin que el público tenga de su existencia más que vagas y lejanas referencias.

Si, por arte de encantamiento, un día el oro desapareciera de su escondrijo, sin que nadie lo advirtiese, el Sistema de la Reserva Federal seguiría funcionando lo mismo. Y aunque el público ignaro se enterase —el público que está acostumbrado a guiarse por realidades y no por prejuicios de orden técnico— nada pasaría, pues realmente todo podría continuar lo mismo. Dada la gran capacidad del sistema para montar una extensa superestructura fiduciaria, prácticamente sin límites, por encima de las cantidades de oro de que disponga, la cantidad de dinero no se regula prácticamente por el oro que ingresa, sino que descansa por entero sobre la prudencia y experiencia financiera de sus organismos de dirección.

Como el economista inglés Roberston le hace decir a Sócrates en un gracioso apólogo, si el sistema monetario inglés marcha bien, no es por las normas, sino por estar administrado por hombres de capacidad y sabiduría. Y esto es todavía más verdad del sistema americano, que ha perdido ya toda relación con las normas clásicas, y al cual el método inglés no ha hecho más que remedar tímidamente en los últimos tiempos.

GERMAN BERNACER